

marchase directamente á Orleans por el camino mas corto, el del Beauce. Los generales fingieron consentir en ello; pero la engañaron en beneficio de las tropas, y la hicieron pasar el Loira para avanzar al abrigo del rio por los bosques y las lagunas del Sologne. El capellan de Juana marchaba á la cabeza del ejército llevando su estandarte y cantando himnos. La marcha parecia una procesion en que el sacerdote guiaba los soldados.

Juana llegó al tercer dia al frente de Orleans. Cuando vió el rio entre ella y el ejército, se indignó de haber sido engañada por los generales, y quiso que se atacaran sobre la marcha las fortificaciones de los ingleses, interpuestos entre el ejército y la ciudad. Desatendióse su impaciencia.

Dunois que tenia el mando en jefe del ejército auxiliador y del de Orleans, se lanzó á una frágil barquilla al ver á la doncella desde lo alto de los baluartes. Apenas saltó á tierra y se acercó á Juana, le dijo esta: «¿Sois vos el bastardo de Orleans?—Si, contestó Dunois, y me regocijo de vuestra llegada!» Ella entonces con un tono de dulce reconvenccion, añadió: «¿Sois vos, por ventura, quien habeis aconsejado tomar el lejano camino del enemigo por el Sologne?—Es el consejo de los mas viejos y prudentes capitanes, dijo Dunois.—El consejo de Dios, repuso Juana, es mejor que los vuestros. Habeis creído engañarme y os habeis engañado vos mismo. No temais nada; Dios me muestra su camino, y para eso he nacido. Os traigo el mejor socorro que jamás pudo recibir caballero ó ciudad alguna, el socorro de Dios!...»

En aquel momento, el viento que agitaba las olas del Loira en sentido contrario á su curso y que impedía á las barcas cargadas de viveres y armas llegar al puerto de Orleans, cambió de repente como por milagro, y la ciudad fué abastecida á pesar de los ingleses.

Al dia siguiente, despues de despedir al ejército del rey, que no tenia otra mision que la de escoltar el convoy hasta las puertas, y que debia regresar para defender la llanura, Juana entró en Orleans á la cabeza de doscientas lanzas solamente, seguida del intrépido caballero Lahire y de Dunois. A caballo sobre una blanca hacanea, enarbolando su estandarte con la diestra mano, cubierta de su ligera y resplandeciente armadura, era á un mismo tiempo para los habitantes de la ciudad y para los soldados, el ángel de la guerra y de la paz. Los sacerdotes, el pueblo, las mugeres, los niños, se precipitaban bajo los pies de su caballo, para tocar siquiera sus acicates, creyendo que emanaba de aquella enviada de Dios una virtud divina. Hizose conducir al templo, en donde la socorrida ciudad entonó un solemne *Te Deum* en accion de gracias. Pero el socorro que confortaba mas al pueblo, era el sobrenatural que creia ver y poseer en la profetisa.

Juana fué conducida desde la catedral á casa de la muger mejor conceptuada de la ciudad.

para que su virtud estuviese al abrigo de las malas lenguas, y su buena reputacion permaneciese ilesa entre la confusion de los campamentos. Habianla preparado un festin; mas ella aceptó tan solo un poco de pan y vino, en humilde recuerdo de la mesa frugal de su padre,

XXV.

Desde alli dictó una carta á los ingleses, la cual habia meditado durante el camino. Aquella carta era en un todo parecida, por sus apóstrofes y por su aserto, á las intimaciones que los héroes de Homero se dirigian antes de entrar en combate, desde lo alto de las murallas ó en el campo de batalla. «Rey de Inglaterra, decia la carta, y vos, duque de Bedford, que os decís regente de Francia; y vos Guillermo, conde de Suffolk; Juan Talbot, y vos, Tomás Scales, que os suponeis lugarteniente del duque de Bedford, obedeced al rey del cielo, entregad las llaves del reino á la doncella enviada de Dios! Y vosotros, arqueros y soldados que estais á la vista de Orleans, marchaos á vuestro pais de parte de Dios!... Rey de Inglaterra, si asi no lo haceis, yo, caudillo de los guerreros, en donde quiera que os encuentre, os lo haré ejecutar yo misma!... Y creed firmemente, que el rey del cielo me enviará mas fuerzas que vos podreis conducir á todos vuestros asaltos.»

En seguida les brindaba la paz y les prometia seguridad y buena acogida si querian pasar á tratar con ella á Orleans.

La risa, la burla y los cínicos sarcasmos de los sitiadores fueron la sola respuesta á aquella carta de Juana. Llamáronla impúdica y guardadora de vacas, deteniendo con deslealtad en clase de prisionero á su heraldo de armas. Envió despues un segundo á Talbot, para proponerle el combate en palenque cerrado al pie de las murallas de la ciudad. «Si quedo vencida, decia á Talbot, me hareis quemar en una hoguera; si salgo victoriosa, levantareis el sitio.» Talbot no contestó sino con el silencio del desprecio; hubiérase creído deshonrado al aceptar el reto de una muchacha.

XXVI

Llamada Juana al consejo de los generales que mandaban las tropas, por respeto á la voluntad del rey y á la supersticion del pueblo, manifestó la misma impaciencia de combatir y la misma confianza en la ayuda con que se creia protegida. Dunois aparentaba ceder á

cuanto decia, aun en contra de sus propias ideas, conociendo que de aquel modo satisfacía al pueblo é inflamaba al soldado. El bastardo, este gefe tan político como guerrero, si no creia mas que á medias en las revelaciones, creia en el entusiasmo. La gracia y la fé de Juana le seducian á él mismo; entendiase maravillosamente con ella, ilustrándose con sus advertencias en los consejos y enardeciéndose con su heroismo en la accion.

El señor Gamaches, viejo soldado, testigo de las condescendencias de Dunois y de Lahire con las temeridades de la jóven, se indignó desde el primer dia, de que fuesen preferidas las revelaciones de una aldeana á la esperiencia de un gefe consumado como él. «Toda vez que se atiende, exclamó, la opinion de una aventurera de ínfima clase, con preferencia á la de un caballero como yo, no disputaré mas. Mi espada será la que hable en tiempo y lugar, y quizá alli pierda la vida; pero mi honor, así como el interés del rey, me prohíbe obedecer semejantes locuras. Desarmo mi estandarte, y de hoy mas no soy sino un simple escudero. Prefiero tener por gefe á un noble, que á una niña, cuyos antecedentes son desconocidos.» En seguida, arrollando su estandarte, lo entregó á Dunois.

Juana no respiraba sino la guerra, y todo retraso en conseguir la libertad del pais por medio de las armas, le parecia una duda de la palabra divina y una ofensa á la fé. Aquel mismo dia montó á caballo para escoltar un destacamento que iba á Blois en busca de refuerzos; y á la vuelta, lanzando sola su caballo hácia el baluarte de una de las fortalezas que los ingleses habian levantado en derredor de la ciudad, y alzando la voz para que la oyeran, les intimó evacuar sus fortalezas.

Dos caballeros ingleses, Granville y Gladesdale, célebres por su valor y por el mucho daño que habian hecho á los de la ciudad, la respondieron con injurias y desprecios, diciéndola que se volviera con sus rebaños.

«Mentis, les contestó Juana. Antes de poco saldreis de aqui; muchos de los vuestros pereceréis, y ni vosotros mismos quedareis para contarlos.» de este modo les profetizaba su derrota y su muerte.

XXVII.

El segundo refuerzo, condcido de Blois por el mismo Dunois, entró en la ciudad sin el menor contratiempo.

Dunois fué á dar gracias á Juana por la buena idea que le habia inspirado, anunciándole la próxima llegada de un ejército inglés que iba á completar el bloqueo. «Bastardo! ¡bastardo! le dijo Juana, te mando que tan

luego como aparezca ese ejército en campaña, me lo avises, porque si se presenta sin que yo salga á atacarlos te haré cortar la cabeza,» añadió en tono festivo. Dunois prometió advertirla.

Pocos dias despues, hallándose una tarde sobre su lecho, descansando de las fatigas que habia pasado aquella mañana para restablecer el orden, la piedad y las buenas costumbres entre las gentes de guerra, una inquietud sobrenatural la impedía dormir. Levántase de repente y llama á su escudero el anciano señor de Daulon. «¡Armarme! le dice. El corazon me ordena que vaya á combatir á los ingleses, pero no me especifica si he de dirigirme contra sus fuertes ó contra su ejército.»

Mientras que el caballero la ponía su armadura, se alzó en las calles un gran rumor. El pueblo juzgaba que los franceses perecian ahogados en las puertas de la ciudad. «¡Dios mio! exclamó Juana, ¡corre la sangre de los franceses! ¿Por qué no me han despertado antes? ¡Mis armas! ¡mis armas! ¡mi caballo! ¡mi caballo!» Y sin aguardar al señor de Daulon, que aun no se habia armado á si propio, Juana, á medio vestir el traje de guerra, se precipita fuera de la casa.

Su pagecillo jugaba como un niño en el umbral. «¡Descuidado page! ¿por qué no habeis venido á avisarme, le dijo, que corría la sangre de la Francia? ¡vamos, pronto, mi caballo!»

Se lanza sobre él, y acercándose á una ventana alta desde donde la alargaron su estandarte, partió á galope hácia la puerta de la ciudad. Al llegar encontró á uno de los suyos, á quien conducian herido y ensangrentado de las murallas. «¡Ah! exclamó, ¡jamás he visto la sangre de un francés sin herizárseme los cabellos!»

Los caballeros franceses habian intentado sorprender el fortin de Saint-Loup, y Talbot que fué á socorrerle venia vencedor, persiguiéndolos y acosándolos hasta la murallas de Orleans. Lanzóse Juana fuera de las puertas, rehizo los vencidos; echó mano de los refuerzos; rechazó á Talbot; asaltó la fortaleza; inmoló á los ingleses; hizo prisionera á la guarnicion, y pasando al instante de la cólera á la piedad, lamentó los muertos y evitó fueran acuchillados los vencidos. Inspirada y heroína á la vez de su causa, el milagro de su insomnio, de su inteligencia, de su brazo y de su piedad, puso fuera de toda duda la fé de su nombre en los campamentos franceses, y esparció el terror de su aparicion en el de los ingleses.

Trató de escusar hasta la sangre de sus enemigos. Resuelta á dar un ataque decisivo á sus fortalezas, subió á lo alto de una torre, y desde alli, atando á una flecha la carta en que les intimaba rendirse, prometiéndoles gracia, tendió el arco y lanzó el dardo á su campo. Empero continuaron sordos á esta segun-

da intimación, y la devolvieron por igual conducto las contestaciones más infames.

Sonrojose Juana al escuchar su lectura, y no pudo contener el llanto en presencia misma de sus gentes; mas no tardó en consolarse, reflexionando que Dios la hacia más justicia que los hombres. «¡Bah! dijo, enjugándose las lágrimas, mi Dios sabe que esas no son más que mentiras.»

XXVIII.

Ordenó, por opinión de Dunois, una salida y un asalto general sobre las cuatro fortalezas inglesas de la orilla izquierda del Loira. El ataque fué rechazado y los franceses puestos en fuga. Juana contemplaba la batalla desde lo alto de una isleta, en medio del río, y viendo la derrota se lanza en una frágil barquilla, y conduciendo á nado por la brida su caballo, llega al centro del combate. Su presencia, su voz, su estandarte, la divinidad que los soldados creían ver resplandecer sobre su hermoso rostro, les rehace, les anima y la siguen á las empalizadas: Juana, en un momento subyuga las fortalezas y las pone fuego con sus propias manos. Las cenizas de los fortines ingleses, empapadas en la sangre de sus defensores, fué el trofeo de aquella victoria. Juana volvió triunfante, herida en un pie por una flecha, y aun cuando perdía sangre no quiso comer ni beber, porque había jurado ayunar aquel día por la salvación del pueblo.

Dunois y sus oficiales creían estar bastante desembarazada una de las orillas del río: «No, no, dijo Juana; vosotros habeis seguido vuestros consejos, yo sigo el mio. Creed que el consejo de mi rey y señor prevalecerá sobre el vuestro. Estad pronto mañana con el ejército, pues tendré que trabajar más que hasta aquí: ¡se derramará sangre de mi cuerpo! ¡Seré herida!»

En vano los capitanes cerraron las puertas para oponerse el día siguiente á su ardor. El pueblo y los soldados, fanáticos de amor y fé hacia ella, se amotinaron casi contra los gefes, y amenazaron á los generales. Las puertas de la ciudad fueron derribadas por la multitud, que se precipitó como un torrente en pos de su profetisa. Los gefes fueron arrastrados por la tropa. Dunois, Gaucourt, Granville, Gonthaut, de Ruiz, Lahire y Saintrilles se lanzaron al asalto de la principal fortaleza que quedaba á los ingleses. El ejército inglés, rodeado de baluartes y fosos, acerbillaba á aquellas masas con el horrible fuego de su artillería. Las escalas, cortadas á hachazos, caían sobre los que intentaban el asalto, y al pie de las murallas se veían montones de cadáveres. El desaliento empezaba á apoderarse de la multitud; Juana sola, obstinada en su fé, coge una escala, la

aplica al muro de la fortificación y sube la primera con espada en mano. Una flecha la atraviesa el cuello junto al hombro, y cae inanimada al foso. Los ingleses, para quienes Juana hubiera sido una victoria, salen de los atrincheramientos para apoderarse de ella. Gamaches la cubre con su hacha y su cuerpo; los franceses acuden á su voz y la libentan. Luego que volvió en sí, viendo á Gamaches herido y vencedor por ella: «¡Ah! dice arrepiñtiéndose de haberle contristado una vez; tomad mi caballo y sin rescate. ¡Me engañé en pensar mal de vos, pues jamás vi un caballero más generoso!» Condújose á Juana á un sitio retirado para desarmarla y reconocer su herida. La flecha salía como unas seis pulgadas por detrás del hombro, y corría la sangre en abundancia. Se vió precisada, como Clorinda, á ofrecer las desnudas bellezas de su cuerpo á las miradas y manos de los hombres; «pero la castidad de su alma y la pureza de su sangre, vertida por la patria, la envolvían, dice Daulon, con tal santidad en su misma desnudez, que nadie, admirándola, concibió la idea de una profanación. Mas ángel que muger á los ojos de los combatientes y del pueblo, la vestía la divinidad de su empresa.»

Era muger y débil en consecuencia, por lo cual lloró al ver correr su sangre; pero pronto se consoló, rogando á sus celestes protectores. Arrancó en seguida la flecha con su propia mano, y contestó á los guerreros que la recomendaban remedios supersticiosos de encantadores y de palabras mágicas que se usaban á la sazón en los campamentos: «Preferiría antes morir que pecar de ese modo contra la voluntad de Dios.» Se la curó la herida con bálsamo y volvió á montar á caballo para seguir con sentimiento al ejército y al pueblo, que se retiraban desalentados.

XXIX.

Juana entró en una granja para orar. El corazón la decía que combatiere aun, pero no se atrevía á tentar á Dios y resistir á la opinión de los capitanes.

Su estandarte habíase quedado en el foso, al pie de la escala de donde fué derribada Juana; y habiéndose apercebido de ello Daulon, su caballero, corrió con algunos guerreros para ocupar aquel despojo, cuya pérdida hubiera afligido mucho á Juana, y cuya adquisición habria enorgullecido demasiado á los ingleses. Juana los siguió, y en el momento en que Daulon volvía á poner el estandarte en manos de su dueña, desplegándose éste, agitado por el movimiento del caballo y por el aire, pareció á los franceses una señal que Juana les hacia para llamarlos á su socorro. Los franceses,

ya en retirada, acudieron de nuevo para salvar á su heroína. Los ingleses, que la creían muerta, viéndola de nuevo á caballo á la cabeza de los suyos, la creyeron resucitada ó invulnerable, y se apoderó de ellos un terror pánico. Las ilusiones del fuego de la artillería en medio de la roja humareda de la pólvora, les hicieron ver espíritus celestes, divinidades tutelares de Orleans, cabalgando en las nubes y combatiendo con la espada de Dios por Juana y su causa. Una viga arrojada al foso sirvió de puente levadizo á un intrépido caballero que franqueó el paso de las murallas á los batallones franceses. El comandante inglés Gladesdale, replegándose ante aquella irrupción, intentaba atravesar un segundo foso para encerrarse en el reducito: «¡Ríndete, Gladesdale! le gritó Juana. Tú me has injuriado villanamente; pero tengo piedad de tu alma y de la de los tuyos.»

Apenas hubo dicho estas palabras, el puente levadizo, sobre que combatía con valor el último puñado de ingleses, destrozado por la caída de otra viga, se hundió bajo los pies de los combatientes, y el Loira recibe sus cadáveres.

Juana, con la armadura teñida en sangre, entró en Orleans en medio del estruendo de las campanas, orgullosa, pero humilde, de una victoria que el ejército debía toda entera á ella, pero que ella reconocía deber solo á Dios. La embriaguez del pueblo la divinizaba. Ella era su salvación, su gloria y su religión á la vez. Jamás popularidad alguna confundió mejor al cielo y á la tierra bajo la forma de una virgen, de una santa, de una heroína. Lo humilde de su condición la hacia más querida de aquella multitud, porque la asemejaban más á ella. La salvación salía de la choza como en Belem.

XXX.

Los generales ingleses reconocieron el brazo de Dios en el irresistible ascendiente de aquella heroína. Incendiaron ellos mismos las fortalezas que les quedaban en el país, y desfilaron en retirada sobre las murallas de Orleans.

Los caballeros franceses y el pueblo querían aprovechar su desaliento para insultarlos y confundirlos: «No, dijo Juana con una dulce autoridad, no les mateis; vasta que se vayan.» Y haciendo colocar un altar al pie de las murallas, hizo celebrar en él el sacrificio del perdón y entonar himnos de victoria durante el desfile de sus enemigos,

Libertado Orleans, lo estaba todo el reino. Aquella ciudad hizo de su libertadora su tutelar divina, y la preparó estatuas, no pudiendo aun erigirla altares.

XXXI.

Poro Juana no perdió tiempo saboreando vanos triunfos. Condujo el ejército victorioso al delfín, para ayudarlo á reconquistar su imperio ciudad por ciudad. El delfín y las reinas la recibieron como á un enviado de Dios que les llevaba las llaves perdidas y recobradas de su reino. «Yo solo duraré un año, dijo con un triste presentimiento que parecía revelar su cadalso en su victoria; necesito aprovechar bien el tiempo.»

Rogó al delfín fuera á hacerse coronar inmediatamente á Reims, aun cuando esta ciudad y las provincias intermedias estuviesen aun en poder de los Borgoñones, de los flamencos y de los ingleses. La imprudencia de este consejo sorprendió á los consejeros y á los generales de la corte. La consagración del soberano en Reims, era á los ojos de todos una imposibilidad ó una temeridad, que por una vana sombra de poder le hacia abandonar los frutos de la victoria que tenía á la sazón entre sus manos. Se quería reconquistar antes la Normandía y la capital; los consejos sucedían á los consejos; Juana sufría en la corte en medio de semejante inacción; sus inspiraciones la asediaban, y ella asediaba humildemente á su vez al delfín.

Cierto día que se había encerrado con un obispo y con varios confidentes para deliberar acerca del partido que se debía tomar, Juana llamó tímidamente á la puerta del consejo, y el rey la abrió porque conoció la voz de la inspirada.

«Noble delfín, le dijo arrodillándose, no tengais tantos y tan prolongados consejos; venid á Reims y ceñireis vuestra corona. Los cielos me dicen que os lleve allí.—Juana, dijo el obispo á la joven, ¿cómo vuestro consejo os trasmite sus disposiciones?»

«Si, Juana, añadió el rey, decidnos ¿de qué manera?»

«Pues bien, respondió la joven; yo me puse en oración; y como me lamentaba de vuestra incredulidad en mi juicio, oí una voz que me dijo: ¡Parte, parte, hija mia, que yo te ayudaré, parte! Y al escuchar esta voz me sentí extraordinariamente regocijada; y quisiera que hablase siempre.»

Cedió el delfín, y dió el mando del ejército al duque de Alençon; marcharon contra los ingleses, dirigidos por Suffolk. La masa de los enemigos que había que destruir, hacia que vacilara la confianza de la corte y la de los pocos guerreros que seguían á Juana. «No temais atacar, dijo, pues Dios es quien nos guía. Si así no fuera, ¿no preferiría guardar mi rebaño que esponerme á semejantes peligros?»

La siguieron, atravesaron á Orleans, embriagada todavía con su reciente gloria; mar

charron contra Suffolk, el cual se encerró en Jergeau. El asalto que se dió allí fué sangriento. Juana, subiendo con su estandarte en la mano, fué derribada al foso por una gruesa piedra que rompió el casco que cubría su cabeza; pero pudo levantarse y renovar su primitiva animación.

Suffolk se dirigía á uno de sus caballeros, y Juana estimulaba continuamente á sus tropas para que siguieran adelante. «Teneis miedo, caballero, decía sonriendo al duque de Alençon, que unía la prudencia al valor; no temais nada, yo he prometido llevaros sano y salvo á vuestra muger.»

Buscaban otro ejército inglés mandado por Talbot en la Beauce. Separado de este ejército por un bosque, Lahire, que mandaba la vanguardia, no sabía qué sendero tomar. Un ciervo que apareció de repente casi bajo los pies de su caballo se precipita en el campamento inglés, y los descubre á los gritos que no puede contener este pueblo cazador que ve al ciervo. El ejército francés, guiado por este milagroso incidente marcha contra aquellos, que sucumben; sus mas temidos gefes, Talbot y Scales, se entregan, y son conducidos con Suffolk á los pies del delfín. Juana, testigo de la derrota, despues de la victoria se compadecede de los vencidos desarmados, se apea, entrega la brida á su page, levanta á los heridos del suelo empapado en sangre y los cura con sus propias manos.

El regente, duque de Bedford, temblaba dentro de Paris.

«Todas nuestras desgracias, escribía al cardenal de Winchester, provienen de una joven mágica, que por medio de sus sortilegios ha devuelto el ánimo á los franceses.» El duque de Borgoña, que se hallaba en Flandes, fué mandado llamar por Bedford, el cual vino para alentar y defender á Paris auxiliado por los ingleses.

XXXII.

Sin embargo, Juana, despues de esta victoria, volvió á donde el rey se hallaba; últimamente le habia decidido á marchar sobre Reims. Se dirigieron á Paris por Auxerre y marcharon sobre Troyes, capital de la Champagne, y la ciudad se entregó á la voz de la libertadora de Orleans.

Juana, al mismo tiempo que se acercaba á su país, iba excitando cada vez mas entusiasmo y mas envidia. Su familia la reconocía en fin como inspirada, despues de haberla llorado como loca. Sus hermanos, llamados por ella al campo, recibían honores y felicitaciones de la corte, pues combatían y triunfaban bajo el mando de su hermana. Pero el monge Ricardo, este predicador envidioso, del cual ya hemos

hablado, le disputaba su popularidad suponiéndola hechicera: pérfidas semillas de descontento que sembraba con mala intención en el pueblo para desacreditarla.

A su entrada en Troyes, se atrevió á adelantarse hácia Juana, y á exorcizarla y á hacer la señal de la cruz sobre su caballo, como contra un fantasma de Satanás. «Venid, acercaos, dijo Juana: no temais que desaparezca volando.»

Chalons y Reims le abrieron también sus puertas. El rey fué consagrado, y cumplida la misión de Juana. «¡Oh mi respetable soberano, decía abrazando sus rodillas en la catedral, luego que le vió coronado: ya se ha cumplido la voluntad de Dios, que me ordenó os trajese á la ciudad de Reims para recibir vuestra santa consagración. Ya sois rey, y la monarquía de Francia os pertenece.»

Ella era el *palladium* visible del pueblo: las mugeres decían á sus hijos que la tocaran, pues la conceptuaban como una reliquia: los soldados besaban arrodillados su estandarte, y santificaban sus armas aproximándolas á su espada desnuda; pero Juana, modesta y religiosamente, se negaba á estas supersticiones y á estas adoraciones de la multitud, no atribuyéndose ninguna virtud sobrehumana, mas que la obediencia á las órdenes que habia recibido de Dios, cumplidas por su inspiración. «¡Oh! exclamaba contemplando el entusiasmo de aquel rey devuelto á su pueblo, y de aquel pueblo devuelto á su rey, ¡que no pueda yo morir en este momento!

«¿Y dónde creéis morir?» le preguntó el arzobispo de Reims.

«No sé nada, le respondió la santa joven, donde Dios quiera; yo he hecho lo que mi Señor ha mandado que haga, y desearia que ahora fuese su voluntad enviarme á guardar mis ovejas con mi hermana y mi madre.»

Juana comenzaba á sentir aquella duda del porvenir que se apodera del heroísmo, del genio, de la virtud misma cuando han terminado la primera mitad de toda grande obra humana, y que no le resta mas que la segunda mitad, esto es, el descenso y el martirio. Comenzaba á oír aquellas voces, no ya del cielo, sino del hogar, que llaman en vano al hombre desalentado de sus ambiciones y de sus glorias, al lugar doméstico de sus primeras ternuras, á las humildes ocupaciones de su infancia y á la oscuridad de sus primeros dias. ¡Pobre Juana! ¿Por qué no escuchó estas voces?... Pero Dios la destinaba para otra cosa. No resplandece sin la iniquidad de los hombres y sin el martirio, la verdadera virtud y la santidad.

SEGUNDA PARTE.

I.

El genio en acción es una inspiración del alma; pero esta misma inspiración necesita servir de las circunstancias. Cuando estas circunstancias extremas, que producen en nosotros aquella excitación de todas nuestras facultades que se llama genio, se desvanecen ó se debilitan, el genio también se extingue; ya no está sostenido por aquello que le hacía superior al hombre, entonces, se dice de los héroes, de los inspirados ó de los profetas: «Dios ha cesado de hablarle al oído.»

Tal era el alma de Juana de Arco despues de la consagración de Carlos VII en Reims: por eso desde este instante se apoderó de Juana el mas grande abatimiento. El rey, el pueblo y el ejército á quienes habia hecho vencedores, querían que permaneciera siendo siempre su profetisa, su guía y su milagro; pero ella no era ya mas que una débil muger extraviada en las cortes y en los campamentos, y bajo su misma armadura sentía su debilidad. Solamente le quedaba su corazón siempre intrépido, pero no inspirado; queria hacer hablar á un oráculo que ya no tenia divinidad, ni lenguaje, ni voz; se revela la candidez de su alma en sus respuestas á los jueces, en el momento de su proceso.

La Francia no tenia ya necesidad de Juana, El cambio del delfín, de este príncipe joven y valeroso, arrancado por una pastora de los brazos de sus queridas, la salvación milagrosa de Orleans, la derrota de Bedford en las llanuras de Beauce, el cautiverio ó la muerte de los caballeros ingleses mas afamados, el fanatismo religioso y patriótico del pueblo entusiasmado por la aparición, por la voz y por el brazo de una zagala, y creyendo ver en todas partes milagros en vez de hazañas, todas estas circunstancias habian alimentado la esperanza y el patriotismo sobre la superficie del país, y el terror y la duda en el corazón de los borgoñones y de los ingleses.

El suelo repudiaba ó devoraba á los enemigos; se creían, en fin, usurpadores de un trono y extranjeros en su patria. La consagración de Reims, aquella coronación que se reputaba como divina, que hacia intervenir en ella la mano de Dios y el bálsamo celeste para juzgar la legitimidad de los príncipes, no solamente el amor, sino la religión del pueblo. Defendiéndolo á su rey, este pueblo creía defender desde entonces al elegido del cielo. Juana de Arco ha sido bien inspirada conduciendo recta-

mente al soberano á los altares de Reims, porque de otra manera no hubiera conseguido mas que una victoria ó ganado una ciudad, y en Reims habia logrado una monarquía y una divina autoridad. La revolución contra su persona habia ido degenerando en blasfemia é impiedad, y un político consumado hubiera aconsejado lo mismo que la ignorante inspirada.

Ademas, como sucede siempre en esta clase de revueltas, la división, la discordia, las rivalidades, las mútuas recriminaciones se habian introducido en los consejos de los ingleses y de los borgoñones. El duque de Borgoña, enervado por las prosperidades y por las mugeres, se contentaba con venir de vez en cuando desde Flandes á Paris, para ostentar, como Antonio despues de la muerte de César, la sangre de un padre asesinado en presencia de los parisienses, y para recoger las vanas popularidades de una multitud mas tumultuosa que devota á su persona.

El duque de Bedford, regente de Francia por el rey de Inglaterra Enrique VI, y el cardenal de Winchester, soberano de Inglaterra durante la infancia de este rey, se asediaban y se devoraban mútuamente, al mismo tiempo que aparentaban entenderse y sostenerse. El cardenal, alarmado, no obstante por los reverses harto vergonzosos de Bedford, conducía á Paris un nuevo ejército. El duque de Bedford temblaba en Paris: todas las ciudades y todas las provincias circunvecinas sucumbían delante de las fuerzas temibles del rey de Francia, y el estandarte de Juana, desplegado bajo los muros de las plazas sitiadas, bastaba para que abriesen las puertas al rey Carlos. La superstición del pueblo creía ver en derredor de este estandarte la llama del poder celestial que rodeaba á la enviada de Dios.

Su humildad no se exaltaba absolutamente nada en medio de estos triunfos, ni su castidad era menor al través de los campamentos. Todas las noches, dicen las crónicas, «se alojaba en la casa de la muger mas honrada del lugar, y frecuentemente hasta se acostaba en su propio lecho. Dormía con las armas en la mano y medio vestida con su traje de guerrero, á fin de proteger mejor su pudor.»

Jamás se enorgullecía con los infinitos honores que la tributaban. «Lo que yo hago, decía incesantemente al pueblo supersticioso, no es un milagro, sino un ministerio que me ha confiado la Divinidad, por la cual estoy sostenida. No beseis mis vestidos ó mis armas como objetos prodigiosos, sino como instrumentos que atestiguan la misericordia de Dios.»

II.

Despues de algunas operaciones de los franceses y de los ingleses en los alrededores de Paris para protegerle, el rey se adelantó